

Una reforma indispensable.

Años há que la prensa de esta capital viene clamando un día y otro día, en todos los tonos, contra el poco edificante espectáculo que ofrecen las principales calles de esta populosa ciudad, á causa de la tolerancia de ciertas casas públicas en los puntos más visibles y transitados, de la que abusan con frecuencia las gentes que las habitan para hacer alarde de lo que no debiera existir, ó cuando menos impolito que se mostrara á la faz de todo el vecindario.

Esta noble cruzada de la prensa contra el vicio y el escándalo, ha sido, sin embargo, infructuosa; y en el largo tiempo transcurrido desde que se inició, á lo más, de haber disminuido el mal, ha tomado tal incremento que rara es la calle donde no se ostenta con desdoro alguno de esos focos de corrupción, y el número de ellos en los parajes más céntricos y frecuentados ha ido en aumento.

No es nuestro ánimo culpar á nadie por el triste aspecto, que bajo el punto de vista de la moral, presenta la capital de la isla, pues somos los primeros en reconocer que las diferentes autoridades locales que se han sucedido en ésta esa época, han hecho cuanto estaba en sus facultades para corregir el mal, y sus disposiciones, encomendadas á este fin, han sido secundadas con celo por la policía. Mas, doloroso es confesarlo, todos esos laudables esfuerzos han sido hasta ahora inútiles: con ellos solo se ha conseguido tener á raya durante temporadas muy cortas á las gentes que habitan esas casas, y las cuales poco á poco han ido infringiendo las disposiciones de la autoridad hasta prescribir por completo de ellas, burlando la vigilancia de los encargados de su ejecución.

Recordamos que siendo Alcaide Congregado el Excmo. Sr. D. Julián de Zulueta, dictó las reglas á que debían sujetarse esas casas y estableció severas penas para quienes las infringían. Sin embargo, las disposiciones se cumplieron durante algún tiempo con escrupulosidad, y los vecinos honrados pudieron transitar á cualquier hora del día ó de la noche por todas las calles, sin que sus hermanas, sus esposas ó sus hijas tuvieran que ruborizarse en presencia de inmorales escenas. Pero paulatinamente esas oportunas medidas se fueron violando, ó cayendo en desuso, y el escándalo y la inmoralidad se mostraron de nuevo con el mismo desdoro que antes.

La actual colosa Autoridad local, encargada del mando, restableció en toda su fuerza y vigor aquellas disposiciones, y el vecindario volvió á respirar de nuevo una atmósfera menos pestilente. Mas la duración de este estado de cosas fué bien breve, á pesar de haber secundado los buenos deseos de la Autoridad el digno jefe actual de policía, que durante la primera época que tuvo á su cargo la dirección de tan importante ramo, había ya dado pruebas de su celo en la persecución de la inmoralidad. Los mismos repugnantes espectáculos de siempre volvieron á ofrecerse en las principales calles, particularmente en las primeras horas de la noche, sin que fueran para sorprenderlos las acortadas disposiciones de la Autoridad, ni las severas penas impuestas á los contraventores, ni la vil fianza de la policía.

¿Qué indica todo esto sino que la corrupción de las costumbres ha echado tan profundas raíces, que no bastan las medidas ordinarias para corregirlas y se necesitan radicales disposiciones?

Cuando al celo de las autoridades, ni la vigilancia de la policía, ni las continuas exhortaciones de la prensa, han logrado amorrar en lo más mínimo el mal, es prueba evidente de que existe en el fondo de nuestra organización administrativa alguna viciosa que incapacita para extirparlo, y que la corrupción se sobrepone á las más sanas reglas dictadas hasta ahora en defensa de la moral pública ultrajada, y cuando en un pueblo se llega á este caso, es necesario estudiar seriamente las causas que se oponen al imperio de la ley, para modificar esta, si es preciso, de modo que nadie pueda burlarla. Esto es lo que acaba de hacerse en la Península para corregir el vicio del juego, y esto mismo es lo que es indispensable y urgente hacer aquí respecto á las casas de corrupción.

Desgraciadamente el vicio de que nos ocupamos no es de los que, como el del juego, están penados en el Código. Esta sanción social, cuya existencia está tolerada por casi todas las legislaciones, no puede

curarse por los mismos procedimientos empleados para combatir el juego, pero se debe y se puede impedir su propagación, ó por lo menos evitar á los vecinos honrados el repugnante espectáculo de su presencia.

Así como á los leprosos y apesadados se les relega á un lugar donde nadie los vea, ni puedan contagiar á los sanos, esa lepra de la moral debe desaparecer del centro de la población y llevarse á los barrios más oscuros y olvidados. Este es el único remedio eficaz contra el escándalo de que viene lamentándose la prensa durante un tiempo, el mismo que ella ha indicado siempre y al mismo que ha dado excelentes resultados en poblaciones de mayor y menor importancia que la Habana.

Esta reforma, cuya necesidad y urgencia no habrá una sola persona de buen criterio que no reconozca, ha encontrado hasta ahora obstáculos para su ejecución, pues no ignoramos que en diferentes épocas se ha intentado llevarla á cabo. Mas estos obstáculos no son invencibles, ni mucho menos, y el allanarlos depende principalmente de la perseverancia, que es la que ha faltado siempre á cuantos han pretendido hacer la reforma.

El principal inconveniente, con que han tenido que luchar, es que para quitar esos focos de corrupción del centro de la población es necesario obligar, hasta cierto punto, á la libertad individual de los dueños de las casas que son objeto de esta reforma, amparados por una abnita costumbre establecida desde hace mucho tiempo.

Sin rigor este inconveniente no es tan grave como parece á primera vista, pues tratándose de un asunto que afecta á la moral, el interés público debe anteponerse al privado, y tampoco se había de seguir perjuicio alguno á los propietarios de esas casas por lo que se les obliga á desahogar en su plaza pública á sus actuales inquilinos, pero al llevarlos al más exajerado extremo del respeto á la libertad individual de los propietarios, no es esto un obstáculo invencible para realizar aquella saludable reforma, porque si se prohibiera, bajo severas penas, el alquilar las casas en los sucesivos para ese inhumano objeto, en determinadas calles de la población, como está prohibido el hacerlo para ciertas industrias prohibidas ó malas, no se aflojaría en nada á esa libertad individual, ni se lastimaría ninguna derecho si quiera fuese adquirido por una abusiva costumbre. De este modo se lograría por lo menos que no aumentara el número de esas casas, y que con el tiempo fueran desapareciendo las que hoy existen, pues podría evitarse su perpetuación por medio de traspaños, prohibiendo esos bidos crecidas penas pecuniarias al dueño y pérdida para arrendatarios de los que entresque en aquel, obligando á los dueños á presentar en un breve plazo los contratos. Si esto se hubiese hecho con el considerable número de casas que existen desde que el abuso existió, á esta fecha habría desaparecido por completo.

Nosotros creemos que propiamente de firmeza llevar á cabo la reforma, se conseguiría en poco tiempo, pues la existencia de la mayor parte de esas casas en los puntos más céntricos de la población, se debe á inobles especulaciones de hombres sin pudor que las arriendan por años á sus dueños para subarrendar por meses, con bonitas comisiones, á los que las habitan; y puede obligarse á estos á desahogarlas en un plazo breve, respetando los contratos entre los arrendatarios y los dueños, sin que se siga á uno ni á otro perjuicio alguno. Lo que sostiene esas casas en los principales puntos de la población, es un sordito y vil interés, por que los dueños perciben por ellas una escasa suma y los arrendatarios á su vez reciben plugués inutilizados, con las que viven en la ociosidad. Estos intereses, no solo no son respetables, sino que son dignos de correctivo por lo inmorales, y cualquier disposición que acabara con ellos haría un doble servicio al vecindario, extirpando del centro de la población un cáncer social é impidiendo que algunos hombres vivieran en la vagancia con los productos del vicio.

Otro de los obstáculos que se han alegado también para realizar la saludable reforma, es la dificultad de relegar á barrios determinados las referidas casas públicas por no poder obligar á los propietarios de dichos barrios á que las alquilen con ese objeto. Este obstáculo es completamente ilusorio, pues así cuando es cierto que no hay ninguna razón ni derecho para imponer á los dueños de las casas tan universal obligación, también lo es que no hay necesidad alguna de cohibir su voluntad, por que los mismos poco escrupulosos especuladores que hoy se dedican á esto tránico inhumano en las calles principales de la población, no se negarían á hacerlo si se les obligara.

—¿Y qué me permito usted acompañar al pueblo?

—Para vivir siempre con usted.

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

curarse por los mismos procedimientos empleados para combatir el juego, pero se debe y se puede impedir su propagación, ó por lo menos evitar á los vecinos honrados el repugnante espectáculo de su presencia.

Así como á los leprosos y apesadados se les relega á un lugar donde nadie los vea, ni puedan contagiar á los sanos, esa lepra de la moral debe desaparecer del centro de la población y llevarse á los barrios más oscuros y olvidados. Este es el único remedio eficaz contra el escándalo de que viene lamentándose la prensa durante un tiempo, el mismo que ella ha indicado siempre y al mismo que ha dado excelentes resultados en poblaciones de mayor y menor importancia que la Habana.

Esta reforma, cuya necesidad y urgencia no habrá una sola persona de buen criterio que no reconozca, ha encontrado hasta ahora obstáculos para su ejecución, pues no ignoramos que en diferentes épocas se ha intentado llevarla á cabo. Mas estos obstáculos no son invencibles, ni mucho menos, y el allanarlos depende principalmente de la perseverancia, que es la que ha faltado siempre á cuantos han pretendido hacer la reforma.

El principal inconveniente, con que han tenido que luchar, es que para quitar esos focos de corrupción del centro de la población es necesario obligar, hasta cierto punto, á la libertad individual de los dueños de las casas que son objeto de esta reforma, amparados por una abnita costumbre establecida desde hace mucho tiempo.

Sin rigor este inconveniente no es tan grave como parece á primera vista, pues tratándose de un asunto que afecta á la moral, el interés público debe anteponerse al privado, y tampoco se había de seguir perjuicio alguno á los propietarios de esas casas por lo que se les obliga á desahogar en su plaza pública á sus actuales inquilinos, pero al llevarlos al más exajerado extremo del respeto á la libertad individual de los propietarios, no es esto un obstáculo invencible para realizar aquella saludable reforma, porque si se prohibiera, bajo severas penas, el alquilar las casas en los sucesivos para ese inhumano objeto, en determinadas calles de la población, como está prohibido el hacerlo para ciertas industrias prohibidas ó malas, no se aflojaría en nada á esa libertad individual, ni se lastimaría ninguna derecho si quiera fuese adquirido por una abusiva costumbre. De este modo se lograría por lo menos que no aumentara el número de esas casas, y que con el tiempo fueran desapareciendo las que hoy existen, pues podría evitarse su perpetuación por medio de traspaños, prohibiendo esos bidos crecidas penas pecuniarias al dueño y pérdida para arrendatarios de los que entresque en aquel, obligando á los dueños á presentar en un breve plazo los contratos. Si esto se hubiese hecho con el considerable número de casas que existen desde que el abuso existió, á esta fecha habría desaparecido por completo.

Nosotros creemos que propiamente de firmeza llevar á cabo la reforma, se conseguiría en poco tiempo, pues la existencia de la mayor parte de esas casas en los puntos más céntricos de la población, se debe á inobles especulaciones de hombres sin pudor que las arriendan por años á sus dueños para subarrendar por meses, con bonitas comisiones, á los que las habitan; y puede obligarse á estos á desahogarlas en un plazo breve, respetando los contratos entre los arrendatarios y los dueños, sin que se siga á uno ni á otro perjuicio alguno. Lo que sostiene esas casas en los principales puntos de la población, es un sordito y vil interés, por que los dueños perciben por ellas una escasa suma y los arrendatarios á su vez reciben plugués inutilizados, con las que viven en la ociosidad. Estos intereses, no solo no son respetables, sino que son dignos de correctivo por lo inmorales, y cualquier disposición que acabara con ellos haría un doble servicio al vecindario, extirpando del centro de la población un cáncer social é impidiendo que algunos hombres vivieran en la vagancia con los productos del vicio.

Otro de los obstáculos que se han alegado también para realizar la saludable reforma, es la dificultad de relegar á barrios determinados las referidas casas públicas por no poder obligar á los propietarios de dichos barrios á que las alquilen con ese objeto. Este obstáculo es completamente ilusorio, pues así cuando es cierto que no hay ninguna razón ni derecho para imponer á los dueños de las casas tan universal obligación, también lo es que no hay necesidad alguna de cohibir su voluntad, por que los mismos poco escrupulosos especuladores que hoy se dedican á esto tránico inhumano en las calles principales de la población, no se negarían á hacerlo si se les obligara.

—¿Y qué me permito usted acompañar al pueblo?

—Para vivir siempre con usted.

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

curarse por los mismos procedimientos empleados para combatir el juego, pero se debe y se puede impedir su propagación, ó por lo menos evitar á los vecinos honrados el repugnante espectáculo de su presencia.

Así como á los leprosos y apesadados se les relega á un lugar donde nadie los vea, ni puedan contagiar á los sanos, esa lepra de la moral debe desaparecer del centro de la población y llevarse á los barrios más oscuros y olvidados. Este es el único remedio eficaz contra el escándalo de que viene lamentándose la prensa durante un tiempo, el mismo que ella ha indicado siempre y al mismo que ha dado excelentes resultados en poblaciones de mayor y menor importancia que la Habana.

Esta reforma, cuya necesidad y urgencia no habrá una sola persona de buen criterio que no reconozca, ha encontrado hasta ahora obstáculos para su ejecución, pues no ignoramos que en diferentes épocas se ha intentado llevarla á cabo. Mas estos obstáculos no son invencibles, ni mucho menos, y el allanarlos depende principalmente de la perseverancia, que es la que ha faltado siempre á cuantos han pretendido hacer la reforma.

El principal inconveniente, con que han tenido que luchar, es que para quitar esos focos de corrupción del centro de la población es necesario obligar, hasta cierto punto, á la libertad individual de los dueños de las casas que son objeto de esta reforma, amparados por una abnita costumbre establecida desde hace mucho tiempo.

Sin rigor este inconveniente no es tan grave como parece á primera vista, pues tratándose de un asunto que afecta á la moral, el interés público debe anteponerse al privado, y tampoco se había de seguir perjuicio alguno á los propietarios de esas casas por lo que se les obliga á desahogar en su plaza pública á sus actuales inquilinos, pero al llevarlos al más exajerado extremo del respeto á la libertad individual de los propietarios, no es esto un obstáculo invencible para realizar aquella saludable reforma, porque si se prohibiera, bajo severas penas, el alquilar las casas en los sucesivos para ese inhumano objeto, en determinadas calles de la población, como está prohibido el hacerlo para ciertas industrias prohibidas ó malas, no se aflojaría en nada á esa libertad individual, ni se lastimaría ninguna derecho si quiera fuese adquirido por una abusiva costumbre. De este modo se lograría por lo menos que no aumentara el número de esas casas, y que con el tiempo fueran desapareciendo las que hoy existen, pues podría evitarse su perpetuación por medio de traspaños, prohibiendo esos bidos crecidas penas pecuniarias al dueño y pérdida para arrendatarios de los que entresque en aquel, obligando á los dueños á presentar en un breve plazo los contratos. Si esto se hubiese hecho con el considerable número de casas que existen desde que el abuso existió, á esta fecha habría desaparecido por completo.

Nosotros creemos que propiamente de firmeza llevar á cabo la reforma, se conseguiría en poco tiempo, pues la existencia de la mayor parte de esas casas en los puntos más céntricos de la población, se debe á inobles especulaciones de hombres sin pudor que las arriendan por años á sus dueños para subarrendar por meses, con bonitas comisiones, á los que las habitan; y puede obligarse á estos á desahogarlas en un plazo breve, respetando los contratos entre los arrendatarios y los dueños, sin que se siga á uno ni á otro perjuicio alguno. Lo que sostiene esas casas en los principales puntos de la población, es un sordito y vil interés, por que los dueños perciben por ellas una escasa suma y los arrendatarios á su vez reciben plugués inutilizados, con las que viven en la ociosidad. Estos intereses, no solo no son respetables, sino que son dignos de correctivo por lo inmorales, y cualquier disposición que acabara con ellos haría un doble servicio al vecindario, extirpando del centro de la población un cáncer social é impidiendo que algunos hombres vivieran en la vagancia con los productos del vicio.

Otro de los obstáculos que se han alegado también para realizar la saludable reforma, es la dificultad de relegar á barrios determinados las referidas casas públicas por no poder obligar á los propietarios de dichos barrios á que las alquilen con ese objeto. Este obstáculo es completamente ilusorio, pues así cuando es cierto que no hay ninguna razón ni derecho para imponer á los dueños de las casas tan universal obligación, también lo es que no hay necesidad alguna de cohibir su voluntad, por que los mismos poco escrupulosos especuladores que hoy se dedican á esto tránico inhumano en las calles principales de la población, no se negarían á hacerlo si se les obligara.

—¿Y qué me permito usted acompañar al pueblo?

—Para vivir siempre con usted.

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

—¿Y para qué? ¿Para acompañar al pueblo? ¿Para vivir siempre con usted?

curarse por los mismos procedimientos empleados para combatir el juego, pero se debe y se puede impedir su propagación, ó por lo menos evitar á los vecinos honrados el repugnante espectáculo de su presencia.

Así como á los leprosos y apesadados se les relega á un lugar donde nadie los vea, ni puedan contagiar á los sanos, esa lepra de la moral debe desaparecer del centro de la población y llevarse á los barrios más oscuros y olvidados. Este es el único remedio eficaz contra el escándalo de que viene lamentándose la prensa durante un tiempo, el mismo que ella ha indicado siempre y al mismo que ha dado excelentes resultados en poblaciones de mayor y menor importancia que la Habana.

Esta reforma, cuya necesidad y urgencia no habrá una sola persona de buen criterio que no reconozca, ha encontrado hasta ahora obstáculos para su ejecución, pues no ignoramos que en diferentes épocas se ha intentado llevarla á cabo. Mas estos obstáculos no son invencibles, ni mucho menos, y el allanarlos depende principalmente de la perseverancia, que es la que ha faltado siempre á cuantos han pretendido hacer la reforma.

El principal inconveniente, con que han tenido que luchar, es que para quitar esos focos de corrupción del centro de la población es necesario obligar, hasta cierto punto, á la libertad individual de los dueños de las casas que son objeto de esta reforma, amparados por una abnita costumbre establecida desde hace mucho tiempo.

Sin rigor este inconveniente no es tan grave como parece á primera vista, pues tratándose de un asunto que afecta á la moral, el interés público debe anteponerse al privado, y tampoco se había de seguir perjuicio alguno á los propietarios de esas casas por lo que se les obliga á desahogar en su plaza pública á sus actuales inquilinos, pero al llevarlos al más exajerado extremo del respeto á la libertad individual de los propietarios, no es esto un obstáculo invencible para realizar aquella saludable reforma, porque si se prohibiera, bajo severas penas, el alquilar las casas en los sucesivos para ese inhumano objeto, en determinadas calles de la población, como está prohibido el hacerlo para ciertas industrias prohibidas ó malas, no se aflojaría en nada á esa libertad individual, ni se lastimaría ninguna derecho si quiera fuese adquirido por una abusiva costumbre. De este modo se lograría por lo menos que no aumentara el número de esas casas, y que con el tiempo fueran desapareciendo las que hoy existen, pues podría evitarse su perpetuación por medio de traspaños, prohibiendo esos bidos crecidas penas pecuniarias al dueño y pérdida para arrendatarios de los que entresque en aquel, obligando á los dueños á presentar en un breve plazo los contratos. Si esto se hubiese hecho con el considerable número de casas que existen desde que el abuso existió, á esta fecha habría desaparecido por completo.

Nosotros creemos que propiamente de firmeza llevar á cabo la reforma, se conseguiría en poco tiempo, pues la existencia

tesis ya extinguida en lo cual es tambien poco lógico.
dado por cierto el hecho, que más bien sirve para de-
clarar su exactitud; porque si en medio de las tormentas
ha sobrenadado en tanto las demás se fueron á pique, la

